

Educación

DOCUMENTOS IMPORTANTES

REFERENTES AL TRASCENDENTAL ACONTECIMIENTO DE LA
INSTALACION SOLEMNE DE LA

UNIVERSIDAD CATOLICA VENEZOLANA

DISCURSO DEL

Excmo. y Revdmo. Sr.

NUNCIO APOSTOLICO,

Mons. ARMANDO LOMBARDI.

Excmos. Sres. Arzobispos,
Sr. Ministro de Educación,
Señoras y Señores:

Deus scientiarum Dominus:

Dios, el Señor de las ciencias, en este día, vigilia de la fiesta de Cristo Rey, Rey de las inteligencias y de los corazones, nos concede la gracia y la dicha de inaugurar la Universidad Católica de Caracas, realizándose así el anhelo de los Sres. Obispos de Venezuela, quienes en una memorable sesión de la Conferencia plenaria celebrada en la ciudad de Mérida en octubre de 1951, puestos de pies con honda emoción votaron por aclamación el acuerdo relativo a la fundación de este máximo instituto de estudios superiores, que hoy, por la gracia de Dios, es una consoladora realidad.

Agradezco al Rector de la Universidad el haber dispuesto que en primer término tomara la palabra en este acto el Representante de la Santa Sede en Venezuela, pues nadie puede ignorar que las Universidades son hijas de la Iglesia y propiamente de la Santa Sede, que en los claustros de sus abadías y las escuelas de sus Catedrales les facilitó la cuna y con sus Breves y Bulas les dió partida oficial de nacimiento, les asignó finalidad y organización, les otorgó prerrogativas y derechos.

Pasaron algunos siglos y, rota la espléndida unidad y armonía del pensamiento científico por la revolución del humanismo, la Universidad se alejó de la Iglesia que le había dado vida y dignidad, y —verdadera hija pródiga— abiit in regionem longinquam, se apartó siempre más, hasta renegar de su madre y causar la anarquía en el pensamiento y la subversión de los valores humanos y trascendentes.

Mas la Iglesia no olvidó a la Uni-

versidad, ya marcada en su nacimiento por el signo de la Cruz, siguió sus vicisitudes y se interesó por su verdadero progreso. En los últimos setenta años, mientras por un lado se iban notando en las Universidades modernas ciertas nostalgias —como se dijo— por las Catedrales y las Sumas teológicas y se daban algunos vacilantes pasos hacia el retorno, la Iglesia, fiel a su misión y tradición, daba vida a otras Universidades, para que procurasen reconstruir en un mundo en que todo, hasta el átomo, se disgrega, la jerarquía unitaria de los valores científicos, sociales y morales.

El Anuario Pontificio de 1953 enumera, además de las grandes Universidades pontificias romanas, 39 Universidades y Ateneos de estudios superiores que gozan del título de pontificios, y muchos otros existen en todo el mundo que, sin tener todavía el reconocimiento oficial de la Santa Sede, se inspiran en la doctrina de la Iglesia y directrices de la Santa Sede.

El número de estas Universidades se acrece hoy por el nacimiento de la Universidad Católica de Caracas. Todavía en pañales, esta ya sabe cual es su misión: en primer lugar, instruir a la juventud venezolana en las múltiples ciencias y artes, pero sobre la base humanística indispensable, para que los graduados en las distintas facultades sean hombres de verdadera cultura y no sólo unos técnicos de su profesión.

En un mundo en que el pensamiento aberrante ha construido un verdadero laberinto, del cual no logra salir, la Universidad Católica debe instruir con el fin de orientar a la juventud y restablecer, en una visión unitaria del mundo y del hombre, aquella admirable jerarquía de principios y valores, que sólo puede dar significado, sentido y belleza a la vida humana.

En segundo término, la Universidad Católica debe educar, pues el joven tiene mente y corazón y no basta llenar su mente de principios y de fórmulas, es necesario llenar su corazón de no-

bles ideales. Cuán fácil es para los mismos hombres de cultura superior caer en lo que lamentaba el poeta pagano: **Video bona proboque; deteriora sequor.**

En la Universidad Católica el joven encontrará los auxilios naturales y especialmente sobrenaturales necesarios para que sea hombre digno de su fe y de su patria. Quiero agregar que la Universidad Católica dará también a su obra de instrucción y educación un contenido eminentemente social. Se ha dicho, por lo demás, que el mismo Cristianismo es un servicio social en el plan divino y en el plan humano. Y, por otra parte, cabe aquí repetir la angustiosa interrogación del sabio moderno: "¿a qué sirve toda la ciencia del mundo, si no me enseña a enjugar una lágrima?", y lágrimas hay tantas en el mundo; a pesar de todos los progresos científicos; antes bien, me atrevería a decir que más aplicaciones científicas se realizan en el mundo y más lágrimas se derraman en el mundo.

Esta misión, que apenas hemos esbozado a grandes rasgos, la Universidad Católica se propone realizarla con la prudencia y la sencillez que recomienda el Evangelio, sin ruido y sin envidias, sin rivalidades absurdas y sin estériles polémicas: quiere ser sólo un instrumento apto y útil para la propagación del reino de Cristo, que, como cantaremos mañana con la liturgia del día, es "reino de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz".

La Iglesia, en el ejercicio de su misión de magisterio que recibió de su divino Fundador, experimenta hoy la satisfacción de dar vida a este instituto universitario para ponerlo al servicio de las familias venezolanas, en colaboración generosa con el Estado.

Dadas las gracias al Señor, Fuente de toda sabiduría, y a la Virgen, SEDES

SAPIENTIAE, expreso la gratitud de la Santa Sede y de la Jerarquía eclesiástica de Venezuela a la Compañía de Jesús que con labor tesonera y graves sacrificios ha realizado la obra que le fuera encomendada por el Episcopado, en espera de que los católicos del país, conscientes de su responsabilidad en el campo de la cultura superior y de la formación de las clases dirigentes, demuestren tangiblemente su interés y generosidad.

Cúmpleme además expresar mi gratitud al Gobierno de la República de Venezuela, aquí tan dignamente representado en este momento por el Sr. Ministro de Educación, Dr. José Loreto Arismendi. Como Embajador del Romano Pontífice ante el Gobierno de la República, y pláceme considerar la naciente Universidad Católica, que el Gobierno ha autorizado, aprobado y apoyado, como un eslabón más, y un eslabón de oro, de aquella cadena "más sólida y brillante de los astros", que, según la feliz afirmación del Libertador, firmemente liga esta República a la Iglesia de Roma!

Excmos. Sres. Arzobispos.

Sr. Ministro de Educación.

Señor Rector, Vice Rector, Decanos y Profesores de la Universidad Católica:

Si no me equivoco, en la fundación de nuestras antiguas Universidades correspondía al más alto representante de la Curia Romana lanzar por los claustros el grito augural de vida y prosperidad.

Representante del Sumo Pontífice en Venezuela, me es sumamente grato, al inaugurar en este momento la Universidad Católica de Caracas, repetir con el corazón henchido de emoción y de esperanza, la fórmula clásica:

VIVAT, CRESCAT, FLOREAT!

DISCURSO DEL CIUDADANO MINISTRO DE EDUCACION Dr. JOSE L. ARISMENDI.

Señores:

Es para mí sumamente honroso, y a la vez placentero haberseme invitado a presidir este acto solemne inaugural de la Universidad Católica de Venezuela, creada bajo la dirección y administración de los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús, cuya fama bien

conquistada, es conocida de todos.

No extrañéis que se deje oír la voz del Ministro de Educación, empeñado como está el Ejecutivo Nacional en abrir las puertas a todas las iniciativas capaces y bien intencionadas que quieran colaborar dignamente en la difusión de la cultura que corresponde a la educación superior.

Hay que tener gran confianza en el éxito de esta nueva Institución, que va a ser regida por manos expertas y atendida por un selecto cuerpo de profesores. No ha de estorbarlo, sino al contra-

rio su condición de católica, ni la inspiración de los venerables PP. Jesuitas, como pudieron pensarlo espíritus apasionados. Nadie siquiera medianamente enterado de la historia de la civilización podrá negar cuanto debe ésta al catolicismo, ni desconocer la influencia beneficiosa de la Iglesia Católica en el desarrollo de los estudios universitarios: bajo su influencia protectora florecieron y se desarrollaron las Universidades medioevales y se contaron abates, monjes y Doctores de la Iglesia entre sus principales maestros. Y especialmente cuánto debe el mundo en ciencias, artes y letras a la eficientísima función pedagógica de las denodadas huestes de Ignacio de Loyola, si alguna vez perseguidos en siglos pasados, siempre triunfante, y en la actualidad, como en todo lo que va de siglo, sus grandes centros de enseñanza gozan de unánime prestigio en todas las naciones cultas. Tampoco podrá negar nadie el valioso aporte a la cultura nacional que se debe a los colegios dirigidos por religiosos en nuestro país, de donde salen anualmente brillantes alumnos a engrosar las filas universitarias. Cuántos venezolanos ilustres deben a esos colegios su formación espiritual y su amor por las ciencias.

Nuestro insigne Bello, en su magistral e imperecedero discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile, expresó los siguientes conceptos: Calumnian, no sé si diga a la religión o a las letras, los que imaginan que pueda haber una antipatía secreta entre aquélla y ésta. Yo creo, por lo contrario, que existe, que no puede menos que existir, una alianza estrecha entre la revelación positiva y esa otra relación universal que habla a todos los hombres en el libro de la naturaleza". Y más adelante agrega el sabio compatriota: "Si importa el cultivo de las ciencias eclesiásticas para el desempeño del ministerio sacerdotal, también importa generalizar entre la juventud que participa en la educación literaria y científica, conocimientos adecuados del dogma y de los anales de la fe cristiana. No creo necesario probar que ésta debiera ser una gran parte integrante de la educación general, indispensable para toda profesión, y aún para todo hombre que quiera ocupar en la sociedad un lugar superior al infimo". Así pensaba ese gran humanista.

Pero no debéis olvidar que en la Universidad Católica, como centro de estudios superiores, si las Doctrinas de la Iglesia tienen que constituir su base y orientación, no puede ni debe hacerse

de la religión lo fundamental de su enseñanza. Lo que ha de ser preponderante (en las Universidades privadas), es la especial atención y encarecimiento que debe prestarse al pensum de cada Facultad, uniformado con las Universidades del Estado. No olvidarán los dirigentes de la Universidad católica que la enseñanza debe ser amplia y liberal, dando a conocer al estudiante los diferentes sistemas, escuelas y doctrinas, aún los contrarios y opuestos a la Iglesia, pues el encauzar la enseñanza por estrechos márgenes estaría reñido con la función cultural que de esta Universidad se espera; cada idea, cada tesis, por absurda que parezca, es un punto de vista sobre el Universo del cual somos parte y una visión cabal del mismo sólo podrá lograrse contemplándola desde diferentes ángulos. Por otra parte, el estudio detenido de tales sistemas, escuelas y doctrinas y el meditado conocimiento de sus errores y fallas, constituye la mejor forma de inculcar la defensa de sus principios y de su religión: lo contrario sería empujar a la batalla un ejército que desconoce las armas del enemigo.

Entrando en otro orden de ideas es conveniente recalcar, que toda Universidad debe dedicarse a las funciones que le son propias: las docentes, culturales y de investigación, pues lo contrario, compromete su destino o arriesga su existencia. Profesores y alumnos deben mantenerse dentro de sus actividades específicas que son siempre más altas y más nobles que toda actitud capaz de perturbarlas y hacerlas fracasar. Ser profesor universitario, no significa servir a un Gobierno, sino a la Patria, y en aras de este deber, es preciso sacrificar todo sentimiento partidista y toda aversión personal, extraña a los fines esenciales de un cuerpo docente. Si así lo predica el Gobierno, así también lo practica, pues al elegir a los profesores de las Universidades Nacionales y al aceptar los de las Privadas, no ha entrado en discriminaciones. En ese profesorado están representadas todas las tendencias políticas y todas las ideologías, tan sólo se ha tomado en cuenta la aptitud y la competencia de cada profesor para el desempeño de su cátedra.

Es este un día feliz para la Universidad Católica, porque hoy se enrumba por los senderos de un hermoso ideal; para el Gobierno porque ve cómo empiezan a cumplirse sus deseos de que, saliendo a la palestra universidades privadas a competir entre sí y con las del

Estado, se cree una noble y saludable emulación entre todas por alcanzar renombre y gloria. Y finalmente es también feliz este día para el Ministro que os habla, por católico y porque ha tenido la suerte de que le correspondiera asociar su nombre a esta memorable conjunción del anhelo de nuestro Pre-

CARTA PASTORAL DEL Excmo. y Rvdmo. Sr. ARZOBISPO DE CARACAS Y PRIMADO DE VENEZUELA.

a nuestro Venerable Deán y Cabildo, Clero y fieles de la Arquidiócesis, salud y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

Como se anunció en la prensa, el Sábado pasado, 24 del corriente mes de Octubre, Víspera de la Fiesta de Jesucristo Rey, se inauguró solemnemente en esta Ciudad la Universidad Católica, desde largo tiempo esperada en nuestra Patria.

Tan fausto acontecimiento colma de gozo a la Iglesia venezolana, pues significa la feliz realización de una importantísima obra educacional en la que tanto el Santo Padre como todos los Obispos de la República tenemos cifradas las mejores y más altas esperanzas. La Universidad Católica representa la presencia de la Iglesia en el campo de la cultura, de la investigación y del verdadero progreso intelectual.

Por tal motivo, amados hijos, consideramos que incumbe a nuestro cargo pastoral el recordaros los deberes que os unen con el importante centro de enseñanza a que hemos aludido, tratándose como se trata de un instituto universitario que surge a impulsos de la Sagrada Jerarquía y que ha de inspirarse plenamente en las normas pontificias y en las tradicionales enseñanzas católicas.

Evocaremos antes a grandes rasgos la huella luminosa de la Iglesia venezolana en los predios de la educación. Sabido es que ya en los albores de esta Ciudad funcionaron en Caracas escuelas de Gramática, Artes, Moral y Teología, según la denominación de la época. Poco después vemos aparecer el Colegio Seminario llamado "Santa Rosa de Santa María", elevado más tarde a la categoría de "Universidad Real y Pontificia". De ese instituto docente se originó la Universidad Central de Caracas, que tantos hijos ilustres ha dado a la Iglesia y a la Patria.

En 1788 se fundó aquí el primer colegio para niñas, a esfuerzos del sacerdote Simón Malpica; meritorio instituto en el cual, como en otros similares, atendidos por religiosas, se formaron las hijas de las principales familias de Venezuela.

No podemos pasar por alto un hecho, apenas conocido, que es timbre de gloria de la Iglesia en nuestro país. Se trata del Obispo González de Acuña, quien se adelantó en más de dos siglos a una

sideante con la iniciativa particular para establecer en Venezuela el funcionamiento de Universidades privadas.

Con grande emoción y con un fervoroso voto porque Dios le depare un brillante destino, declaro solemnemente instalada la Universidad Católica de Venezuela.

de las más sonadas conquistas de la pedagogía moderna: la instrucción primaria obligatoria. El mencionado Señor González de Acuña intimó en 1672 a los padres de familia la obligación de enviar a sus hijos a la escuela, y hasta dió a los maestros la correspondiente autorización para acudir a la autoridad civil con el objeto de que obtuviese el más eficaz cumplimiento la citada disposición. Y ¿no fue el ilustre Prelado Mariano Martí, por los años de 1770 a 1792, quien emprendió la fundación de escuelas gratuitas en todos los centros de su vastísima Diócesis, que se puede decir que abarcaba a Venezuela entera? ¿No aplicó a tan noble fin las rentas eclesiásticas? ¿Quién podrá disputarle a esos Obispos el título referido, es a saber, de fundadores de la educación popular, obligatoria y gratuita, que nos hablan de la docencia de la Iglesia en Venezuela desde los tiempos coloniales?

No es preciso añadir que también la ilustre Universidad de los Andes brotó del celo inafigable de la Iglesia Católica. Fue el Obispo Ramos de Lora quien en 1790 fundó el Seminario que el año 1806 había de convertirse en la Universidad de Mérida.

No recorreremos toda la amplia labor de la Iglesia en el sentido indicado, ni los numerosos Colegios establecidos en diversas poblaciones de la República que evocan los nombres de Monseñor Jáuregui, del Padre Hipólito Alexandre, y de otros tantos virtuosos y eminentes eclesiásticos, antes que se estableciesen en la República los planteles educacionales de las Ordenes y Congregaciones que con tan entusiasmo trabajaban en el apostolado de la enseñanza entre nosotros.

Bien sabemos el alto prestigio de que goza la educación católica en Venezuela. Y ello nos colma de júbilo, en medio a la incesante siembra de malas doctrinas por parte de los emisarios del error, pues los institutos de educación religiosa le anuncian a la Santa Iglesia un porvenir más consolador en nuestra Patria.

La Universidad Católica viene a completar la obra iniciada.

Buenos profesionales han dado, sin duda, los institutos universitarios hasta ahora existentes, con los cuales la Universidad Católica espera cultivar las más excelentes relaciones. En ocasiones, sin embargo, se ha dejado sentir en la educación superior la falta de un sano criterio religioso, o católico, debido a las corrientes modernas, en materia de fe y de costumbres, que no siempre coinciden con las ideas directrices de la Iglesia.

Esta razón, y el legítimo deseo del ideal cató-

lico, que anhela aportar su contingente a la cultura, a la ciencia, y al arte nacional, nos animó a los Obispos, como dirigentes del pensamiento cristiano en el país, a crear nuestra Universidad. Nuestra, decimos, no en sentido exclusivo, antes bien, deseamos que sea un foco más de saber en nuestra querida Patria, sino sencillamente desde el punto de vista de la formación humanista y cristiana, que marcará el rumbo del nuevo centro universitario.

Así, según esperamos, no habrá en nuestros alumnos solución alguna de continuidad en la educación adquirida desde la niñez, en el hogar y en los colegios católicos, hasta la culminación del estudio en alguna profesión o carrera de la vida civilizada.

Al tratar de realizar nuestro pensamiento, resolvimos desde el primer momento, por absoluta unanimidad, confiar a la inclita Compañía de Jesús el desarrollo de la obra proyectada. Primero, por la competencia que amigos y enemigos les reconocen a los religiosos de la expresada Compañía, quienes regentan cincuenta y seis universidades esparcidas en las cinco partes del mundo; sin contar la confianza que les otorga el Santo Padre, al encomendarles la Universidad Gregoriana y otros importantísimos institutos pontificios. Y en segundo lugar, por los lazos que nos ligan con los hijos de San Ignacio desde los días coloniales. Ellos trabajaron en nuestras misiones, recorrieron las regiones del Orinoco, enseñaron en el Colegio de San Francisco Javier en Mérida, fundaron pueblos y escribieron hermosas páginas sobre las maravillas de nuestro suelo. Y las actividades que hoy ejercen entre nosotros, dignas de la más sincera loa, no desmerecen tampoco de las que en otro tiempo realizaron.

Así, pues, no dudamos que, colocado, en tan expertas manos, el instituto universitario católico recientemente inaugurado habrá de producir los más copiosos y regalados frutos para bien de la Iglesia y de la Patria.

Ahora, amados hijos, nos toca expresar nuestra ferviente gratitud al Gobierno Nacional, por las amplias facilidades concedidas para la apertura de nuestro Instituto.

A la vez hemos de encareceros el deber de favorecer a la Universidad Católica. Ante todo, con vuestras oraciones, rogando al Espíritu Divino acreciente la vida, lozanía y vigor del nuevo instituto

**DISCURSO DEL
RECTOR DE LA
UNIVERSIDAD CATOLICA
R. P. Dr. CARLOS G. PLAZA, S. J.**

La inauguración de una Universidad Católica en Venezuela señala una nueva era en los anales de la Educación: significa que a la iniciativa privada—esa fecunda fuente del progreso nacional— se le abre un nuevo cauce por donde corra y se despliegue; significa que a la Iglesia Católica se le reconoce su derecho a enseñar, no sólo en las primeras etapas de la educación, sino

docente. Se requiere asimismo vuestro respaldo moral, vuestra solidaridad con la nueva obra, que es también vuestra.

Necesitamos también vuestro apoyo material, dados los cuantiosos gastos que supone la instalación de laboratorios, bibliotecas, centros de investigación y demás medios modernos de enseñanza. Todo católico tiene una buena oportunidad de aportar su óbolo grande o pequeño, según sus alcances monetarios, a la inmensa labor de cultura que acaba de emprender la Iglesia en Venezuela. Toda dádiva será acogida con singular amor y complacencia por el Episcopado, y estamos seguros de que no habrá de dejarla sin recompensa Aquel que premia hasta un vaso de agua dado en su nombre.

Deseando, pues, dar el conveniente relieve espiritual al magno acontecimiento de la fundación de la Universidad Católica, ordenamos sean fielmente observadas en nuestra Arquidiócesis las siguientes disposiciones:

PRIMERA: Celébrese la SEMANA DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA en toda la Arquidiócesis, en la semana que antecede al Primer Domingo de Diciembre, en forma que ese Domingo sea el último día de la expresada Semana. Oportunamente se darán normas especiales para la celebración de esa Semana en el presente año.

SEGUNDO: Exhortamos a las personas pudientes a contribuir a la formación de un PATRIMONIO DE EDUCACION, mediante mandas, donaciones y otros medios, a fin de acrecentar la gran obra cultural del Catolicismo en Venezuela, que representa la UNIVERSIDAD CATOLICA.

Estas nuestras Letras Pastorales serán leídas en todos los templos de la Arquidiócesis el Primer Domingo o día festivo después de ser recibidas, y se guardarán en los Archivos parroquiales.

Dadas, firmadas, selladas y refrendadas en Caracas, a veintinueve de Octubre de mil novecientos cincuenta y tres.

Lucas Guillermo Castillo
Arzobispo de Caracas, Primado de Venezuela

Por mandato de su Excelencia Rvma.,

Pbro. José Lino Vives,
Secretario Interino

también en aquellas donde culmina la formación del sér humano; significa que Venezuela aprecia y estimula la educación católica, ya que ha sido unánime la expectativa, franca y entusiasta la actitud de los venezolanos, al difundirse la buena nueva de la fundación de la Universidad Católica de Venezuela.

Señores: permitidme hacer algo de historia. El 20 de octubre de 1951—hace cabalmente dos años— los Obispos todos de Venezuela, congregados en solemne sesión de la Conferencia Episcopal, celebrada en Mérida, dieron el paso de trascendental importancia de decretar la fundación de la Universidad

Católica. Bien puede considerarse ese día como la fecha de nacimiento de la Universidad Católica.

Al confiar a la Compañía de Jesús el honroso y difícil cometido de realizar este propósito, interpretaron el viejo anhelo de los jesuitas de desplegar su actividad, aquí en Venezuela como en otras partes del mundo, en el amplio campo de la Educación superior.

Quedaban por realizar las gestiones con el Gobierno Nacional, tendientes a obtener el reconocimiento legal de la Institución. Es un hecho notorio que en Venezuela no existía precedente de Universidad Privada, propiamente tal, si bien es cierto que las Universidades de Caracas y Mérida deben su origen a la iniciativa de la Iglesia Católica.

He de confesar que en todo momento encontré la más benévola acogida y el apoyo más franco en las autoridades educacionales a favor de este proyecto. A través de múltiples conversaciones, quedaron establecidos los puntos fundamentales de la Universidad. Había ésta de poseer, en todo caso, la autonomía en el régimen de exámenes y la facultad de expedir títulos, requisitos indispensables para salvar el concepto de Universidad. Tengo que celebrar que esas, y otras aspiraciones que entonces formulamos, a través de prolongadas entrevistas con las autoridades educacionales, hayan cristalizado en un Estatuto de la Universidades Privadas, a cuya sombra pueden nacer y prosperar otras Universidades Privadas, para bien de la Patria venezolana. Gracias a este Estatuto, el actual Ministro de Educación, Dr. José Loreto Arismendi, ha abierto un amplio cauce a la educación en Venezuela, asegurando a las Universidades Privadas un *minimum* indispensable de garantías.

Señores: la Universidad Católica, esa amplia comunidad de profesores y alumnos, donde se profesa el sentido cristiano de la vida y donde se aspira a la más amplia colaboración con los auténticos valores de Venezuela y del extranjero, posee un credo, tiene un programa y abraza una aspiración.

Un credo

Las Universidades Católicas no son instituciones huérfanas, sin contenido ideológico, sin fe y sin pasión.

Las ideas bien definidas —como estrellas resplandecientes— son las que orientan a los pueblos y determinan su rumbo en la historia.

Ideas cálidas, sentidas, envueltas en ráfagas de sana pasión.

La Universidad Católica tiene un credo.

Cree, ante todo, en los valores supremos del espíritu. En un Ser soberano que preside el destino de los hombres y los pueblos. En ese Ser que ha venido consagrando con su nombre la 1ª página de la Constitución de Venezuela; en ese Dios a quien invoca la inmensa mayoría del pueblo venezolano y en cuyas manos depositó su alma, con líricos acentos, el más grande de nuestros hombres, el Libertador, en su glorioso testamento.

La Universidad cree en esa Religión y esa Fe que engendró la más formi-

dable de las culturas: la cultura occidental cristiana, la cual ha impreso su fisonomía a Europa y América.

Al impregnar la educación del sentido cristiano de la vida, la Universidad se convierte en resonante concha acústica que recoge una de las vibraciones más hondas y más finas del pueblo venezolano. Se hace ella puro eco medular.

La Universidad Católica cree igualmente en Venezuela: la de ayer, la de hoy y la de mañana.

Cree en su brillante tradición histórica y etnológica, donde corren fundidas la flor del alma india con la quinta esencia del noble espíritu español. Cree en su gesta emancipadora y en la gloria de sus hijos más preclaros.

Cree en la Venezuela del presente: en esta Venezuela-milagro, atravesada de punta a punta de férrea voluntad de transformación. Cree en la riqueza de su tierra, en la bondad de sus moradores, en el alma de su pueblo.

Cree en la Venezuela del mañana. En el brillante porvenir, que como aurora triunfal, aguarda a Venezuela: cuando los bosques, hoy vírgenes, se transformen en opulentas ciudades y en bulliciosas poblaciones; cuando se estrezca el llano, oprimido bajo el peso fulminante de la veloz locomotora; cuando su población, adensada, necesite escalar la montaña, invadir la costa y llegar hasta los lejanos confines de la Patria.

La Universidad cree en la vocación de Venezuela a ser una gran nación, como le está pregonando la situación misma de su suelo: enclavado, con gesto señorial, a la cabeza de América del Sur.

Venezuela una, fuerte y grande: así la sentimos nosotros.

La Universidad cree en la Juventud: la mayor riqueza que posee una nación. En esa juventud, en quien se hermanan las más brillantes cualidades raciales con el ímpetu creador y con la generosa tensión hacia el futuro.

Reclama Venezuela una juventud sana de cuerpo, recia de voluntad, impregnada de un sentido de honda responsabilidad, presa de una fecunda inquietud social. Quedó atrás la época del individualismo egoísta, de la áurea mediocridad, como ideal supremo de la vida.

En la hora febril que vive la Humanidad, a la juventud toca decir su palabra incisiva, ocupar su puesto, y dar ejemplo de varonil consagración a la noble tarea de construir patria.

Un programa

La Universidad Católica posee un programa de acción.

Un programa que responde a su triple credo religioso, patriótico y juvenil. Está condensado en los cinco puntos que señalan los fines de la Universidad.

1 - La Universidad se propone: "formar integralmente a la juventud, según la concepción cristiana de la vida".

Formación integral: no mera capacitación científica. Integral, es decir, aquella que abarca todos los aspectos de la persona humana, sin descuidar ninguno, pero jerarquizándolos según el valor y mérito relativo. Aquella que no descuida la educación física, pero que sabe que lo físico es pedestal e instru-

mento del espíritu; aquella que cultiva los valores intelectuales y estéticos, pero los engasta y envuelve en el marco de la personalidad total, esencialmente moral y religiosa.

Concepción cristiana de la vida: enfoque inspirado en los principios del Evangelio y en el magisterio de la Iglesia.

La crisis más dolorosa que padece la humanidad es la quiebra en la concepción filosófica del hombre y de la vida. El hombre ha perdido su excelsa dignidad y va quedando relegado a la vil categoría de hombre-máquina, hombre-número, hombre-masa. Frente a esa crisis de valores, donde la máquina oprime al hombre, proclamamos el soberano valor de la persona humana, portadora de sentido espiritual y trascendente; proclamamos su formación plena, armónica y total, como la más alta expresión de toda cultura.

No negamos el valor de la ciencia positiva; reconocemos gustosos cuánto haya contribuido al progreso material de la humanidad. Pero subrayamos que la ciencia sola no basta. Ciencia sin filosofía, ciencia sin humanismo, representa una estéril mutilación de la persona humana. Triste contraste el que se registra a veces! El científico que llega a adueñarse de la energía nuclear, pero que en cambio permanece sordo ante la música callada de los seres; el especialista que posee el hábito de escudriñar a través del pozo infinitesimal del microscopio, pero que en cambio, padece una miopía incurable ante la rutilante armonía de los astros y la estupenda visión del universo. Creemos que todo profesional debe poseer, más allá del limitado campo de su ciencia, una amplia y profunda visión del cosmos, una noble jerarquía de valores y un auténtico humanismo. Es decir: debe poseer no sólo ciencia, sino también sabiduría, en toda la plenitud de la expresión.

Esta actitud filosófica y humanista constituyen una alta cumbre en la formación integral. Es ella fuente de consuelo en la vida. Da ella dimensión de profundidad al espíritu humano. Es el más eficaz antídoto contra la gris mediocracia. A ella se refería aquel gran venezolano que supo hermanar en sí ciencia y sabiduría, José Gregorio Hernández, al estampar estas palabras:

"Ningún hombre puede vivir sin tener una filosofía. La filosofía es indispensable para el hombre, bien se trate de la vida sensitiva, de la vida moral y, en particular, de la vida intelectual."

Filosofía que debe ser personal, íntima, forjada en el troquel de las propias vivencias:

"El hombre de espíritu cultivado, en el principio de sus estudios clásicos, aprende la filosofía que pudiéramos llamar obligatoria. Los conocimientos que él adquiere entonces, le sirven como de sustancia de reserva para irse formando su filosofía personal, la suya propia, la que ha de ser durante toda su vida la norma de su inteligencia, aquella de la cual ha de servirse para poder existir como ser pensador. En él, como en el hombre inculto, la

elaboración de su filosofía ha de hacerse lentamente, casi siempre laboriosamente, dolorosamente la mayor parte de las veces. La filosofía elaborada de esta manera viene a ser el más apreciado de todos los bienes que el hombre alcanza a poseer" (Elementos de Filosofía, I edic., pág. 5-6, Caracas).

Esta amplia visión filosófica y ese sentido humanista de la vida es nuestro propósito cultivarlos en los alumnos de la Universidad. Para ello, al margen de las materias y actividades de carácter profesional, daremos cabida a otras directamente encaminadas a la formación integral y humanista.

Aspiramos a que el profesional posea esa íntima filosofía; a que sepa pensar con vigor, orden y claridad; a que logre el dominio de los medios de expresión: brillo, justeza y elegancia en un lenguaje que sea castizo; a que posea la fina sensibilidad ante el mundo de lo bello; a que su espíritu se afine y equilibre gracias a una amplia cultura humanista. Y con ello, que en él florezca lo más hondo y medular del ser humano: la rectitud moral y la bondad de corazón.

2 — La Universidad se propone: "capacitar a sus alumnos para el ejercicio de las diversas profesiones, en un sentido técnico, social y patriótico".

Capacitarlos, sí, para que dentro de la sociedad, ocupen el puesto que les corresponde, de acuerdo con su auténtica vocación profesional.

Concebimos la profesión como algo noble y levantado; como una misión que se debe cumplir en el seno de la colectividad. De ahí que, en la formación de los profesionales procuraremos despertar en ellos la conciencia de su dignidad, acentuando el sentido de responsabilidad. Sin ética profesional, sentida y vivida, imposible ejercer cabalmente una carrera.

Las profesiones se enfocarán con un sentido de realidad nacional, teniendo en cuenta lo que Venezuela necesita, espera o reclama.

Para ello, daremos especial importancia a instituciones que, como el Centro Etnológico de la Universidad Católica, pongan en directo contacto al alumno con Venezuela. A través de ese Centro, los estudiantes podrán auscultar el alma recóndita de Venezuela, conocer sus costumbres, familiarizarse con la expresión popular de su cultura. Al toque de la realidad, nacerá la sana inquietud de querer contribuir a la superación nacional.

3 — Aspira la Universidad a: "fomentar la investigación científica en todos los ramos del saber humano". Nuestra era se caracteriza por el ritmo febril de la investigación científica. Uno de los cometidos fundamentales de la Universidad es contribuir al desarrollo de la ciencia. A la sombra de las Universidades han surgido muchas de las técnicas, inventos y recursos que han elevado el nivel de la civilización. Compete a la Universidad fomentar en sus alumnos la inquietud científica propia del investigador, iniciarlos en los procedimientos, suministrarles los medios.

La Universidad deberá dispensar un mecenazgo especial sobre aquellos en

quienes prenda la fecunda llama de la pasión investigadora. Aspiración suya será poder constituir un cuerpo de investigadores que, en el seno de la Universidad, se consagren al cultivo de la ciencia pura o aplicada.

En cuanto al campo de la investigación, encontrarán acogida todos los sectores del saber humano. Sin embargo, teniendo presente la realidad venezolana, creo mi deber llamar la atención sobre un fecundo campo de investigación: la realidad social. Cuando se habla de investigación, de ordinario se alude al dominio de las ciencias exactas, de las ciencias naturales, etc. Bien está —y soy el primero en reconocer su valor— que se depuren las técnicas, que se conozcan en forma cada vez más científica la fauna o flora del suelo patrio o sus riquezas minerales: todo ello contribuye al progreso nacional. Pero existe un campo más fecundo: es la misma Venezuela, su pueblo, su historia, su vida. Es ese gran laboratorio humano, esa recóndita mina que reclama con urgencia ser excavada en todas direcciones.

Aunque parezca paradoja, a Venezuela es menester descubrirla, investigarla y sondearla con el solícito cuidado con que se desgajan filones de áureo metal. ¿Por qué el estado primitivo de la vivienda, la carencia de hábitos higiénicos, la lívida presencia de la desnutrición infantil? ¿Por qué ese medio millón de niños sin escuela? ¿Por qué el alto índice de analfabetismo y de ausentismo escolar progresivo? ¿Por qué nuestras técnicas pedagógicas resultan de tan escaso rendimiento? Estas y otras realidades son objetos palpitantes, dignos de ser investigados. De su recta comprensión dependerá el inmediato desenvolvimiento de Venezuela. La Universidad brindará especiales facilidades a todos aquellos que quieran adentrarse en el amplio campo de la realidad social, económica, histórica, etnológica y psicológica de nuestro pueblo.

4 — Incumbe a la Universidad: “conservar, difundir y enriquecer el patrimonio cultural de la humanidad”.

Conservar ese patrimonio, como conservan las familias sus tradiciones familiares, difundirlo a los cuatro vientos con gesto generoso, tarea es de la Universidad. Y como cada Universidad representa un jalón en la ruta de la cultura, a ellas toca también enriquecer el legado cultural.

Dentro del patrimonio común de la humanidad, querría referirme a dos sectores más reducidos: el patrimonio de la cultura venezolana y el legado de los pueblos latinoamericanos.

Venezuela posee una fisonomía y se ha fraguado una cultura. La fisonomía de una nación puede desdibujarse hasta quedar convertida en máscara grotesca; el alma de una nación corre el riesgo de diluirse, hasta llegar a ser sutil humareda. A la Universidad corresponde defender el rostro venerable de la cultura nacional: salvar su pasado histórico de torcidas interpretaciones y preservar el presente, acentuando lo que es típicamente nuestro.

Forma parte Venezuela de un gran bloque de naciones que están fraternalmente vinculadas por los lazos de una

misma fe, una lengua, una tradición, una raza: los pueblos hispanoamericanos. Representan ellos la afirmación del espíritu sobre la materia, del sentido fraternal y cristiano de la vida frente a la concepción chata y materialista; de la libertad sobre la esclavitud; del amor sobre el odio. Afianzar los rasgos de esta cultura es definir nuestra propia alma.

5° — Se propone, finalmente, la Universidad: “contribuir a la mutua comprensión y acercamiento de los pueblos, máxime de las naciones americanas”.

Una aspiración suprema sacude a todos los pueblos: la comprensión, el acercamiento, la unión. Y como fruto codiciado: la paz.

El problema de la paz es fundamental problema de humanismo. La guerra y la paz se gestan en el corazón del hombre. Existe una diferencia radical entre la educación altruista, que orienta hacia la paz, y la educación egoísta que desencadena la guerra.

Crear una actitud de amplia comprensión hacia todos los pueblos y todas las culturas; enseñar el arte sutil de valorar lo positivo, lo noble, que germina en todas las latitudes y bajo todos los soles, deber es de la Universidad Católica. Las preferencias corresponderán al continente americano, donde está enclavada Venezuela: ese nuevo mundo donde se ha hecho tradicional el hábito de la mutua comprensión, del fácil intercambio y del coloquio prolongado.

La Universidad se esforzará por enseñar a sus alumnos a ser ciudadanos de Venezuela, de América y del mundo.

Una aspiración

De suprema podemos calificar la aspiración de la Universidad de prestar su decidida colaboración a todas las fuerzas que se emplean en la formación de la juventud. A las autoridades educacionales, a quienes incumbe lo más extenso de la tarea; a los educadores todos, que consagran su vida a la noble labor de forjar hombres. Queremos sumarnos, en forma fraternal, a ese gran todo de las Universidades de Venezuela, cuyos ideales y programas estarán siempre dictados por un noble anhelo educador.

Nacemos en forma modesta, casi mínima: apenas con dos Facultades. Aspiramos, sin embargo, a dar a nuestra Universidad un rápido desarrollo. Aspiramos, igualmente, a facilitar al máximo el acceso a sus aulas, estableciendo un régimen económico que a nadie resulte gravoso. Aspiramos a que el nombre que ostenta la Universidad sea un reclamo a la colaboración de todos aquellos que sientan la pasión pedagógica, amen a Venezuela y a su juventud.

Expreso mi más cumplida gratitud al Ejecutivo Nacional por la benévola acogida que en todo momento ha dispensado a la Universidad; al Dr. José Loreto Arismendi por el franco apoyo que le ha prestado; al Excmo. Señor Nuncio de su Santidad, por el eficaz interés que en todo momento ha mostrado por la Universidad Católica; al Episcopado Nacional, el cual se dignó confiar a la Compañía de Jesús tan honroso cometido; a los profesores que se han brinda-

Historia

EL ALMA DE FEDERICO OZANAM

Se ha cumplido el primer Centenario de la muerte de Federico Ozanam 8-9-1853 — 8-9-1953. Ya los lectores de S I C pudieron leer en el mes del pasado Noviembre la interesante relación de las notables conmemoraciones de Marsella, Lyon y París que escribió el Delegado de la Sociedad de San Vicente y Presidente de su Consejo Superior en Venezuela, Sr. Jacob D. Dib. Pero no puedo contentarme con eso. La figura del Fundador de las Conferencias vale la pena de que la estudiemos. Su aspecto exterior y el marco en que esa vida se encuadra es por demás conocida de todos nosotros. Esas manifestaciones tan pujantes y espléndidas brotan de la vitalidad de su espíritu. Ahí está siempre la raíz y solución de todos los problemas.

Un espléndido modelo.— Con frecuencia pensamos que las obras, hoy florecientes, tal vez funcionando con regularidad, no han conocido las etapas de una gestación laboriosa. Así nos ponemos al abrigo de todo reclamo, si nos sentimos incapaces de la Obra por las

dificultades que nos asaltan. Federico Ozanam sin embargo, no era el hombre mejor dotado para la obra que coronó. Su propio carácter parecía cerrarle el camino a sus aspiraciones. Raras veces podemos penetrar en el alma ajena; mucho menos cuando muchos lustros nos separan de ella. Pero no faltan hombres sinceros que han tenido sus efusiones; que han ido escribiendo como el diario de su vida en sus comunicaciones epistolares y ahí en esas páginas de tono confidencial en que vuelca sus sentimientos, sin que sea menoscabo de su espontaneidad el pensamiento de su ulterior publicación, nos legaron la fotografía más completa de su interior. Es precisamente lo que interesa y donde quiero penetrar. Y el epistolario de Ozanam es rico. En la edición de sus obras (Librairie Victor Lecoffre, París, 1881) ocupan los volúmenes 10 y 11.

Con cariño extraordinario había trabajado primero en su Vida y luego en su epistolario el Sr. F. Mejezaze. La conmemoración del Centenario le pareció ocasión propicia para publicar una especie de historia interna del Fundador de las Conferencias de Caridad. (1) Ahí encontrará el lector más abundantes referencias e ideas.

Su exterior.— No fue la Naturaleza pródiga con Federico Ozanam en sus cualidades físicas. Los cuadros y dibujos nos presentan un tipo poco gracioso y ordinario. Y nada ayudaba a disimular la primera impresión, su estatura mediocre, su palidez intensa, su vista corta y su larga cabellera; todo ello con actitudes y movimientos más bien desgarrados. Así nos lo pinta uno de sus discípulos de retórica en el Colegio Stanislas, Mr. Caro cuando Federico frisaba en los 30 años (1842) "Nada tenía Ozanam de cuanto predispone en favor de un hombre; ni belleza, ni elegancia, ni gracia".

Su interior.— Pero bajo esas apariencias que parecían condenarlo al fracaso

do tan generosamente a prestar su colaboración; a los padres de familia que nos han entregado el mayor de sus tesoros: sus propios hijos; a aquellos colegios que han orientado a sus alumnos hacia la Universidad Católica. Sea mi última palabra para Uds.: estudiantes! ¡Bienvenidos a esta Universidad: en esta casa encontrará un hogar y en cada uno de los profesores un amigo, un ductor, un padre que no retrocederá ante el sacrificio.

Como venezolano, no puedo menos de regocijarme íntimamente al comprobar el nuevo paso de avance que da la educación en Venezuela al inaugurarse la era de las universidades privadas. Ellas proclaman grandeza para la Patria, porque la prosperidad de la educación es la prosperidad de la Patria. En forma luminosa condensó Bolívar esta verdad: "las Naciones marchan hacia el término de su grandeza, con el mismo paso con que camina la educación. Ellas vuelan, si ésta vuela; retrogradan, si re-

trograda, se precipitan y hunden en la oscuridad, si se corrompe o absolutamente se abandona. Estos principios dictados por la experiencia, e inculcados por los filósofos y políticos antiguos y modernos, hacen hoy un dogma tan conocido que no se hallará tal vez individuo alguno que no se sienta penetrado de su verdad".

Dios, Patria, Juventud: ahí va condensada el alma de nuestra Universidad. En esas tres palabras vibra nuestro programa de acción. Sin escuela, no hay Patria; sin Dios, no hay escuela; sin Dios y sin escuela, no hay juventud. Nosotros ciframos nuestro orgullo en reconocer a un Dios, servir a una Patria, consagrarnos a una juventud. La solemnidad de estos claustros quedará unificada por la soberana presencia de Dios, por la cálida cercanía de la Patria y por el ímpetu generoso de la juventud venezolana.

He dicho